

ESCENA XIII.

DON CARLOS. DON DIEGO. DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. RITA.

D. CARLOS.

Eso no. (*Sale Don Carlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á Doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Carlos!

D. CARLOS.

Disimule (*Acercándose á Don Diego.*) usted mi atrevimiento. . . . He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?
¿Quién es usted? ¿Qué acciones son estas?
¿Qué escándalo?

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos. . . . Ese es de quien su hija de usted está enamorada. . . . Separarlos y

matarlos, viene á ser lo mismo. . . . Carlos. . . .
No importa. . . . Abraza á tu muger.

(*Don Carlos va adonde está Doña Francisca: se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de Don Diego.*)

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

D. DIEGO.

Sí señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música, y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida. . . . ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma. . . . Sí.

(*Los hace levantar con expresiones de ternura.*)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio. . . .

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar

tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre..... ¡Carlos!.... ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!.... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS.

Si nuestro amor (*Besándole las manos.*), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida.....

DOÑA IRENE.

¡Con que el bueno de Don Carlos! Vaya que.....

D. DIEGO.

Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño..... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas..... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba..... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por mu-

chos años se gozen..... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle..... (*Abrázanse Don Carlos y Doña Irene, Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido..... Cierto que es un mozo muy galan..... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña..... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA.

¡Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto..... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa (*Abraza á Doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre..... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez..... Vosotros (*Asiendo de las manos á Doña Francisca y á Don Carlos.*) sereis la delicia de mi corazon, y el primer fruto de vuestro amor..... sí, hijos, aquel..... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos po-

dré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente: si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

